

CUENTOS ESTRAMBÓTICOS

EL CHUCHO LEPROSO

I
 En el tranvía se armó un broncazo monumental. — ¡Eh! ¡Eh! ¡Aquí no sube usted con eso! — el cobrador indignado rechazaba a un tío que a toda costa quería asegurarse los agarradores, para ganar la plata forma trasera. Y el funcionario de la compañía le daba golpazos de *a folio* en los nudillos al intruso, con la caja metálica de los tikes.

— ¿Pero qué pasa? ¿Qué ocurre? — dejó el periódico que iba leyendo, y salió yo también a la plataforma, donde los ocupantes del armatoste eléctrico se apretujaban para no perder ni un detalle del suceso.

Entonces, me dió un vuelco de tartana el corazón.

Oliverio Polo, el gran fenómeno taurino, era el promovedor del incidente, que con un perro rechoncho y horrible como una salamandra, lleno de repugnantes costuras quería meterse en el vehículo.

¡No sean ustedes tontos ni cañes que soy capaz de arrearle un bombazo al niño é la bola si es preciso! — Polo bramaba.

— ¡Pero que suero en vinagre nos va usted á colar aquí esa carroña! — el cobrador se ponía hecho un canibal por momentos.

Oliverio, más terco que un cerdo, sacó una pistola del quince y amenazó.

— Intervine. A todo esto el tranvía llevaba ya parado más de media hora, y la circulación habíase interrumpido por completo con tal motivo en la calle de Preciados.

— ¡Pero hombre Polo, llevan razón estos señores! ¿No comprendes que nada más natural que les de asco del chuchó ese que te traes? — le dije.

— ¡Bueno pues si les da asco que revienten! ¡Ahí val— y el gitano de un soberbio empujón se zampó dentro del tranvía, haciendo añicos tres cristales.

— ¡Guardias! ¡Fuerza de Seguridad! — gritaban las señoras.

Dos funcionarios del orden, acudieron al momento.

El fenómeno se puso tan asno, que no tuvieron otro recurso que dejarlo en el tranvía por no pisotearle el *mondongo*. Eso sí, con una condición; que al cán lo tapara con algo para evitar al público su enojosa presencia.

Polo, tras muchos rodeos y palabrotas gordas, envolvió al perro en una *Corres*. Después soltó seis ajos muy feos sin reparar en la concurrencia.

— ¡Jesús hijo, parece ese señor subvencionado de una casa de purgas de ricino! ¡Ay! — exclamó un nene sospechoso que se había remangado los pantalones escandalosamente para lucir la morvidez de una pierna *abrasadora*, velada por calcetín finísimo.

— ¡Pollol! ¡estoy viendo que se va usted á comer el chuchó con papel y to! — el fenómeno hizo una mueca ridícula y en menos que cae un rayo, le tiró dos *chafes* con una navaja de trece muelles al gracioso autor del chiste del ricino.

Hubo coces, palos, *chirlos* en el rostro é improperios colosales.

— Mi intervención fué necesaria otra vez y no sin recibir algunos *mamporros* en la contienda, logré sacar a

rastra del tranvía a mi amigo Oliverio, que gracias á mi decisión no sembró aquello de cadáveres á navajazos. Huimos. La cosa no era para menos. Polo por la cuestión del perro indecente había matado á ocho ó diez espectadores.

A través de las calles corrimos con todas nuestras fuerzas. Mi amigo no soltaba el cán á pesar de todo.

— ¡A esos! ¡A esos! — Cerca de un piquete de Seguridad en el que figuraban fuerzas de caballería, nos pisaba los talones, soltanos de vez en cuando una docena de tiros.

En la revuelta de una calleja oscura nos refugiamos en una botica donde el practicante era primo mio.

Nos sentamos jadeantes.

En la botica, el farmacéutico y otros tres amigotes suyos, se estaban dando una paliza con la bafaja.

Don Homero de Velón, el boticario, estaba más loco que una *espuerta de gatos chicos*, y se había procurado para jugar á las cartas, tres amigos más locos cien mil veces que él.

La noche de marras se estaban jugando desde las tres de la tarde al *mus*, al *tresillo* y á la *ligá* no se que frasco de cristal, con un objeto extraño dentro — nos lo contaba el mancebo entre risotadas.

II

Polo dió un grito salvaje, bestial. Por el óvalo de cristal que centraba la mampara roja de la rebotica, había visto al maldito Isaías Rum Rum, el ladrón de su diafragma.

No tuvimos tiempo de contenerle. Pasó y de un golpe maestro de *faca* en el cuello le rebanó la cabeza.

La *bigornia* del sacerdote rebotó en la mesa de *tresillo*, y fué á zambullirse en el cubo del agua de fregar los cacharros. Después de tan estupenda avería, *el de los misereres* en el paroxismo de la barbarie, se lió á zambombazos con los frascos y lunas del establecimiento.

Mientras tanto, el chuchó leproso, famélico, derribó un frasco de boca ancha y comiose una piltrafa enorme y siniestra. Aquello era el diafragma de Oliverio, que se lo jugaban á la *ligá* los cuatro dementes, como preciada curiosidad del dios de la *tauromaquia*.

Quando Polo se quiso dar cuenta, el cán se relamía de gusto.

— ¡Oh! ¡Oh infame! ¡tú! ¡tú has sido! — y agarrando al chuchó, le partió el espinazo, para luego abrirlo en canal.

Decididamente Oliverio Polo, el *gachó* más *flamen-co* y mas *energúmeno* que se ha parido en el globo, se quedaba para siempre sin diafragma.



ROBERTO ACOSTA

Madrid—915

Roberto ACOSTA